

CAPÍTULO VI.

Donde verá el lector por sus propios ojos cómo se confeccionan los pasteles diplomáticos.

I.

En la calle de Vergara, y á corta distancia del Teatro Nacional, en un edificio de todo lujo, estaba la *legacion francesa*.

Dos piezas tenia la casa, que encerraban lo más interesante de la oficina diplomática.

En una estaban los expedientes de las *reclamaciones* contra México, y en la otra los *caldos* que servian al uso y costumbre de S. E. Dubois de Saligny, conde y ministro plenipotenciario de S. M. Napoleon III.

Paseábase el hombre de Estado con una satisfacción salvaje y una agitación febril.

La agitación se explicaba fácilmente; el señor conde acababa de dejar la mesa.

La campana anunció que llegaba alguna persona.

Saligny se entró en la antesala á recibir al personaje, que se dejó ver haciendo genuflexiones y caravanas.

—Pasad, Borel, tenemos mucho que arreglar.

—Segun eso, S. E. ha recibido ya la correspondencia.

—Precisamente.

En aquellos momentos se presentó el emisario que el lector ha visto en la galería de la cámara la noche del 15 de Julio.

Saligny dió orden á su servidumbre de que no se le interrumpiese bajo ningun pretesto, y se encerró en la sala con sus dos amigos.

Los tres personajes aceptaron para su conversacion la lengua francesa.

—Caballeros, dijo el ministro, el golpe está dado; la ley de suspension de pagos ha hecho su efecto; la *intervencion* es cosa decidida.

Los interlocutores de Saligny se sorprendieron con la noticia.

—Los gobiernos de España é Inglaterra han tomado cartas en el negocio. La España, con su viveza de carácter, ha llevado hasta un extremo increíble este asunto, ha llegado á ofrecer la monarquía mexicana á D. Juan de Borbon.

—Ese hombre es la pesadilla del trono.

—No importa, repuso Saligny, ya está en la liga lo mismo que la sesuda Inglaterra, donde la ley ha conmovido los libros de caja.

—¿Qué dicen nuestros enviados?

—Han pagado á la prensa, que ya se desata terrible contra México.

El frances Borel observó que los escritores se hacian pagar muy alto.

—No importa, dijo el emisario, los millones de Jecker y los de otras reclamaciones, dan para comprar cuantas plumas se necesiten.

—La fiebre, dijo el ministro, ha invadido á la prensa, ya no es negocio nuestro, se ha vuelto de interes público.

—Qué hay de España?

—En la casa de la Montijo se ha introducido nuestro agente mexicano y trabaja con un éxito admirable.

—Ahí está el hilo que va á dar hasta las Tullerías. ¿Y la Francia?

—Hay personas que están cerca de las gradas del trono, que ven acercarse el momento de recibir cantidades inmensas.

—Y la Inglaterra?

—A esa le basta con los intereses que ya tenia de antemano, y no perderá un *chelin* en la cuestion; se abonará hasta las notas diplomáticas.

—Temo, dijo el emisario, que tratándose de esa cuestion insignificante, la Francia ajuste algun convenio con México.

—Caballero, repuso picado Saligny, quitémonos la careta de hoy para siempre; la Francia no aprecia en nada la deuda miserable de las convenciones, va mas allá en su pensamiento, quiere dar el golpe de muerte al coloso americano que se destroza en su gigante guerra civil; necesita apoderarse de México como punto de apoyo, y arrastrar en su empresa á la Europa entera.

El emisario se refugió en un silencio terrible; comenzaba á ver claro, y le remordia la conciencia al servir *por dinero* al extranjero para la venta de su patria.

El ministro continuó con mas entusiasmo.

—Gabriac, Almonte y Mon han sido recibidos por el emperador; una convencion se ajustará en Inglaterra, y las escuadras aliadas emprenderán bien pronto su marcha para México.

—En mi correspondencia, dijo Borel, me avisan que la España ha enviado ya instrucciones á Serrano, capitán general de la Isla de Cuba, para el arreglo de su contingente; temo que abarque la empresa como suya y nos deje fuera del cuadro.

—Oiga usted, dijo Saligny, lo que dice un periódico oficial de Madrid despues de consignar la noticia de que la escua-

dra española se ha detenido hasta el completo acuerdo de la convencion.

Saligny tomó un periódico de su bufete, y leyó en voz alta el siguiente párrafo de un diario publicado en la península:

“No es esta cuestion de partido, sino de honra nacional; y la prensa entera aplaudirá sin duda cuando sepa que los *leones* de Castilla se unen á las *águilas* francesas y á los *leopardos* británicos, para la hermosa mision de llevar á nuestros hermanos de América la calma, la tranquilidad, el orden, la buena y honrada administracion de que por tanto tiempo se han visto desposeidos.”

—La España sola, dijo el emisario, se estrellaria en América; necesita el apoyo europeo, y creo que el arrojar candidaturas y hablar de monarquía es una imprudencia.

—En Francia, dijo Saligny, se habla de Petterson para la monarquía mexicana.

—¿Y quién es ese Petterson?

—Un hijo de Gerónimo Bonaparte.

—Quiera Dios, dijo el emisario, que no sigan las postulaciones, porque la lista va siendo larga y desprestigiada.

—Dejemos delirar á la prensa, que ni las naciones signatarias podrán asegurar el fin de la espedicion, segun los acontecimientos que deben irse desarrollando.

—Concretémonos, dijo Borel, á nuestros trabajos; yo deseara que algun acontecimiento viniese á poner de peor condicion este negocio para México.

—Las notas que he dirijido al gobierno son duras, y su lenguaje es ageno á la diplomacia; el ministro inglés ha seguido la misma conducta: hemos provocado una ruptura violenta, suspendiendo las relaciones y exigiendo la pronta derogacion de esa ley.

—El gobierno mexicano, dijo el agente, insistirá en ello, lo ha vuelto punto de honor nacional.

—El ministro de Relaciones cayó en el garlito cuando nos

habló sobre el proyecto de hacernos creer en que era un asunto arreglado, y hoy se encuentra en una situación excepcional.

—Insisto, dijo Borel, en que se necesita un escándalo, algo que lleve más y más á un buen terreno este asunto. Hace pocos días inventé el pretendido *asesinato*, y la noticia ha causado profunda sensación en Europa; esto ha dado lugar á que se crea que México es un país de asesinos, y se considere como urgente la necesidad de establecer un nuevo orden de cosas.

—Ya tengo pensado otro Golpe de Estado, amigo mío, y no pasa de esta noche; entretanto, demos instrucciones á Vaneneli que se halla en Madrid, para que agite sin cesar al partido intervencionista.

Levantáronse Borel y su compañero para retirarse.

—Os necesito, dijo Saligny á Borel, y tendió la mano al emisario que abandonó la casa de la legación.

--Acompañadme, dijo, esta es noche del paseo de Todos Santos en la Plaza; y tomando su sombrero, dió el brazo á Borel, y se dirigieron al *Zócalo* después de refrescar las fauces con un excelente vino de Jamaica.

II.

En la Plaza Mayor se levanta una gigante tienda de campaña sobre el zócalo del centro, formando un salón hermosísimo que sirve de punto de reunión á una elegante sociedad las noches de *Todos Santos y Muertos*.

En las vigas que sirven de apoyo á la tienda, colocan lámparas, y de la cúspide cuelga otra lámpara de luces resplandecientes, alumbrando las mil flores de la pirámide que se alza en el centro del zócalo.

En todo el perímetro se colocan multitud de asientos que se llenan instantáneamente.

Mérida entre la circunferencia y la pirámide una zona amplia para el paseo.

Jóvenes elegantes y hermosas comienzan á girar en torno de las flores y de las luces, como las huríes al atravesar uno de los siete cielos del profeta.

En las vías de la Plaza, que afluyen al zócalo como los ródios de una estrella, se improvisan tiendas de dulces, y allí se hace una venta considerable.

Todo paseante está en obligación de obsequiar á su pareja, y los regalos están á la orden de la noche.

La entrada al salón es de paga, así es que las otras calles donde el paseo es *gratis*, las ocupan las familias pobres, los enamorados en quiebra, y los colegiales cuyos fondos no están á la altura de los precios fijados á los billetes de entrada.

III.

En uno de los banquillos de la Plaza, había un grupo de señoras acompañadas de dos estudiantes de medicina.

—Crea usted, señorita, decía la voz conocida de Felipe Cuevas, que á usted le debo tener fracturada la cuarta costilla del lado izquierdo.

—Yo lo siento mucho, pero no he tenido la culpa.

—Ya, quien la tiene soy yo que me dejé dar el palo.

—Lo casual fué, observó Gonzalez, que cayese tan bien la muleta que...

—Que me hizo ver el cometa, respondió vivamente Felipe Cuevas.

—Isabelita, dijo Gonzalez, la observo á usted de buen humor esta noche.

—Ya tenía gana de reirme; he pasado un mes tan atroz, que si no hubiera sido por su hermana de usted, mi buena amiga Loreto, me estaría muriendo de tristeza.

—Te agradezco la galantería, respondió la jóven que acompañaba á Isabel.

—Con tu amistad he olvidado mis recuerdos, que son bien amargos.

—Sopla! murmuró Felipe.

Acercóse un dulcero al banquillo, ofreciendo unos alcataces á las muchachas.

Felipe Cuevas, que no tenia un centavo, sintió que le daban un golpe eléctrico.

—No tomamos nada, dijo Isabel.

Felipe Cuevas respiró.

—Algo me han de tomar las señoritas, insistió el dulcero.

Felipe comenzó á sudar como si estuviera en Yucatan.

El dulcero no se retiraba.

Loreto, conociendo lo crítico del lance, dijo con enfado:

—Retírese usted, ya le hemos dicho que nada deseamos.

El dulcero se alejó, y Felipe Cuevas sintió un fresco tan agradable como si lo sumergieran en la alberca de Chapultepec.

Después dijo con el mayor descaro del mundo:

—Me han desairado, está bien; no lo esperaba de usted.

—No sea usted susceptible, respondió Isabel; además, que sobran dulces y tiempo para comprarlos.

Felipe Cuevas se rascó una oreja.

De repente la jóven lanzó un grito de sorpresa.

Acababa de ver á D. Fernando con una señorita resplandeciente de belleza y elegancia, que tomaba rumbo al salón.

—Qué pasa? pregunto Felipe.

—Nada, que estoy indispuesta.

—Quiere usted que la lleve á su casa?

—Precisamente se lo iba á suplicar.

—Vámonos, dijo Loreto.

—Y tomando el brazo de su amiga, tiraron á andar rumbo á las calles del Cármen.

—Me he salvado en una tabla! dijo el estudiante sacudiendo los dedos; y siguió á las jóvenes en su camino.

IV.

Don Fernando llevaba del brazo á la señorita Eloisa Mons, su prometida.

Eloisa era una de aquellas hermosuras veladas siempre por una nube de espiritualismo encantador.

Un cutis trasparente como las hojas de la azucena; una mirada intensa, apacible, de sensacion; la frente de marfil purísima, la nariz recta y los labios entreabiertos, dejando ver la blancura trasparente de unos dientes diminutos, como uno de esos juguetes esquisitos de la manufactura china.

Eloisa llevaba una *kabila* que envolvía aquel cuerpo magestuoso, que ondulaba como el arbusto al soplo de las brisas primaverales.

Penetró en el salón aquella magnífica pareja.

Levantóse en toda aquella concurrencia un murmullo.

Eloisa no tenia rival en el mundo elegante.

La luz artificial levantaba su belleza á un grado extraordinario.

La conquista de D. Fernando tenia tanto mérito como la de Granada.

Lós hombres todos le envidiaban rindiendo un justo homenaje á la hermosura de Eloisa, y las señoras confesaban que los atractivos de la jóven eran punto menos que irresistibles.

Mondoñedo, que se hallaba en un grupo de jóvenes de la aristocracia, no pudo contener un arranque cómico, y dijo casi en voz alta aquel verso de Bermúdez de Castro:

Como la luna en el coro
De las pálidas estrellas,
En la patria de las bellas
Te llamaban reina á tí!

—Es encantadora! exclamó don Luis; es necesario convenir en que el conde es hombre de mucho gusto.

—Sí, repuso Cárlos; además, que la señorita Mons tiene un dote de medio millon de pesos, con cuyo apéndice es un buen partido para matrimonio.

—Se casará el conde? interrogó Mondoñedo.

—Como que está apasionado profundamente de Eloisa.

—Ella por su parte, dijo Cárlos, ama con delirio á Fernando.

—Ya tengo, dijo para sí el estudiante, algo que contarle á Rosa, ávida de cuanto pasa en el gran mundo.

—Vea usted, algo pasa, dijo don Luis, allí se forma un círculo de gente; acerquémonos.

—Sí, veamos, repuso con ansiedad Mondoñedo.

Acercáronse los tres amigos al grupo de curiosos, y presenciaron el espectáculo grotesco dado esa noche por el ministro frances.

S. E. habia tomado rom de Jamaica para darse valor.

Se trataba de provocar un lance que pasase como un atentado al ministro de Napoleon III.

Saligny, atarantado por los espíritus del alcohol, y excitado por su intencion perversa, comenzó en voz alta á injuriar á México y á los mexicanos.

Era ya mucho el descaro del ministro en sus ultrajes.

Un jóven se acercó á Saligny haciéndole una reconvencion por su falta de sociedad.

El ministro redobló sus insultos hasta enardecer al jóven, que lo tomó por la solapa de la casaca y lo arrojó á dos varas de distancia.

—He aquí mi *negocio*, murmuró Saligny; y levantando la voz, dijo que se habia atentado contra su persona é inmunidad diplomática.

—La policía intervino, y M. de Saligny abandonó el paseo agravando con su conducta ruin el conflicto que existia entre México y las naciones europeas.

La sociedad toda levantó un grito de indignacion contra

aquel miserable, comprendiendo que habia algo tras aquella conducta inexplicable.

El agente de la intervencion, que iba del brazo de Saligny, le dijo cuando estuvieron fuera del recinto de la plaza:

—No en vano S. M. Napoleon III os ha enviado á la legacion de México, sois todo un diplomático.

—Yo le cobraré á la casa de Jecker el estrujon que he llevado, respondió el ministro; y se marchó á la legacion á dormir el sueño del. . . . *justo*.

CAPITULO VII.

De lo que el vulgo y los peritos en la materia llaman "Crónica escandalosa."

I.

Allá en los tiempos de la dominacion española, cuando cada propietario era un señor feudal que disponia de las vidas y haciendas de sus vasallos, queremos decir, sus jornaleros, uno de los primitivos condes del Jaral habia establecido su bajalato en las hermosas haciendas que desde entonces llevan el nombre de familia.

El susodicho bajalato, en honor de la verdad, no estaba montado á la usanza de aquellos tiempos en materia de tiranía, y los trabajadores gozaban de amplia libertad, los mayordomos del derecho de hacerse solos las cuentas, y las aldeanas del de ser requebradas por el señor de aquellos dominios.

Aconteció una vez, que el señor conde venia de recorrer uno de sus campos, cuando acosado por los calores se detuvo á la puerta de una casuca que todavía se conserva en la hacienda del Jaral.

—Muchacha, un vaso de refresco! gritó la voz sonora del conde.

Como por aquellos terrenos la hospitalidad es la virtud mas dominante, una preciosa aldeana fresca como una rosa de Castilla, salió de las piezas interiores con un vaso de *colonche*.

El *colonche* es un licor sacado de la *tuna cardona*, tiene un color de granate hermosísimo, y solo á su vista se despierta un deseo inmenso de apurarle.

Cierto es que á los que no están acostumbrados á aquella bebida fermentada les produce un dolor espantoso de cabeza, pero aquello es el *noviciado*, por el que han pasado los que hoy se jactan de ser los mas ardientes adoradores del *colonche*.

Deciamos que la muchacha, que era linda como una perla, salió apresuradamente á dar de beber al *cristiano*.

—Venga el vaso, dijo el conde fijándose demasiado en aquella samaritana.

La muchacha levantó la vista, reconoció al señor feudal y trastornóse de tal manera, que el cristal se deslizó de su mano y cayó al suelo haciéndose pedazos y derramando en la tierra el puro y fresquísimo *colonche*.

.....

No cuenta la historia si el señor conde insistió en refrescarse; lo cierto es que en el testamento apareció un legado de tierras y numerario á don Juan de Moncada, que á su vez lo dejó á su único hijo don Fernando.

II.

El nieto del conde del Jaral era un arrogante mancebo de treinta y dos años, alto, bien formado.

Llevaba toda la barba, negra como el ébano, y su cabello tirado hácia atras dejaba ver una frente despejada.

La mirada era audaz y sus movimientos todos revelaban al elegante sin pretension.

En la fisonomía de don Fernando se marcaba de una manera precisa al hombre que habia atravesado por las borrascas de la vida y perdido el corazon en las aventuras.

Don Fernando se habia educado en Europa, no habia recibido de los labios de una madre esas palabras santas de ternura que determinan los sentimientos del alma.

Entregado á la ruda existencia del educando, habia aprendido mucho, todo lo que se puede saber en las aulas, pero le faltaba á su capacidad ese rayo dulcísimo que alumbra al corazon en las vicisitudes y que encamina el saber del hombre al bien y á la filosofía; le faltaba el sentimiento religioso.

El nieto del conde poseía en alto grado la ciencia militar, habia servido en el ejército frances.

Comenzó á batirse contra los republicanos en 848, y tornó á sus banderas el dia del *golpe de Estado*, metamórfosis del presidente de una república en tercer vástago de la familia de un usurpador.

Fastidiado de la carrera militar y ya con la cruz de la Legion de Honor y las condecoraciones de Sebastopol, se retiró á vivir á Paris, llevando una existencia sumergida en el mar muerto de las pasiones.

El nieto del conde sabia que la *intervencion* se preparaba en Europa, y queriendo volver á la casa solariega, para gozar del brillo de una monarquía, con sus antecedentes de nobleza, regresó á su patria para asistir á la restauracion monárquica y vestirse del esplendor que ambicionaba en su profundo hastío de la existencia.

Estaba en contacto con los principales agentes de la intervencion en Europa, y venia como emisario á ponerse de acuerdo con la reaccion en América.

Don Fernando fué aceptado en la buena sociedad aunque mal visto en el fondo; porque la sociedad mexicana, sean cuales fueren los principios políticos y creencias religiosas mas ó menos exajeradas, conserva un fondo de moralidad y hasta

cierto punto de pureza en las costumbres, quizá porque la ilustracion no ha echado muchas raices en nuestro suelo.

III.

Don Fernando, como todos los hombres ricos y despilfarrados, tenia un gran círculo de amigos inseparables.

Los mas predilectos eran Carlos y Luis, que le servian como lacayos en sus calaveradas.

La misma noche en que la hija de Torre-Mellada habia sido extraida por su voluntad de la casa paterna, Mondoñedo daba una cena á don Fernando y á sus colegas.

La invitacion se habia reservado para despues del teatro, y ya los cuatro amigos estaban á la mesa cuando apenas habian dado las doce de la noche.

El estudiante habia sufrido una completa variacion.

Los harapos del sopista se habian trocado por magníficos trajes hechos por el acreditado español Rafael Salin, rey de los sastres habidos y por haber.

Cierto es que el estudiante habia pasado su momento de mortificacion; porque al presentarse en la famosa sastrería con su raído traje, le preguntaron si conservaba sus *medidas*.

—Creo no haber aumentado de volúmen, dijo con inocencia Mondoñedo.

El infeliz no habia estrenado jamas una pieza de ropa.

Salin procedió á levantar el plano del individuo y le arregló trajes del mejor gusto y elegancia.

El estudiante pasó á rejuvenecerse á la peluquería.

Al verlo entrar madame Escabasse hizo un jesto de disgusto muy pronunciado.

Mondoñedo experimentó la tijera francesa y quedó hecho un dandy á vuelta de pocos dias.

IV.

El banquete estaba admirablemente servido.

—Cuéntanos, amigo Mondoñedo, decía don Fernando: cuéntanos la historia de esa fortuna improvisada.

—Es muy sencilla, tenía un pariente en España que ha muerto sin sucesión, dejándome en el pleno goce de una gran fortuna.

—No hagas lo que los ricos improvisados; gasta hasta arruinar, el dinero va y viene, es el reflujo de la fortuna.

—Así lo haré, señores, decía Mondoñedo entusiasmado, no sin encomendarse á todos los santos por que no se acabase la protección de la hermosísima Rosa.

—¿Y ya tienes novia?

—No, pero pienso buscar media docena por el tiempo que he estado vacante.

—A propósito de amoríos, ya habíamos olvidado el negocio de Isabel.

—¡Ah! dijo con indolencia don Fernando, no había vuelto á recordarla.

—Pues ya la sacamos del poder de ese cafre de inválido, dijo Carlos.

—Psch! y donde la han colocado?

—En una magnífica habitacion del hotel Iturbide.

—Les confieso con entera franqueza, que esa mujer me tiene fastidiado.

—Yo creía, dijo Luis, que te prestábamos un servicio con robarla para tus amores.

—Eres un imprudente, en estos momentos me hace un mal horrible, es necesario que vuelva á su casa.

—¿Y de qué manera?

—Volviendo.

—Piénsalo bien.

—Díganle que estoy fuera de la capital y que no volveré hasta dentro de un año.

—¿De quien se trata, señores?

—De Isabel la hija del viejo estúpido Torre-Mellada.

—Voto al diablo! gritó Mondoñedo, esa muchacha es la pasión de Felipe Cuevas, y va á morir de pesadumbre.

—Entonces, dijo don Fernando, le daremos aviso al colegial y una libranza de cien duros para que cargue con la prenda.

—Eso ya es mas pasadero, dijo Luis.

—En cuanto á nosotros, no la volveremos á ver.

—Es una muchacha original, dijo don Fernando, la enamoré por broma en un bailecito de candil, y solo con un recado abandona su casa.

—Pensaba casarse contigo.

—No hablemos mas del negocio, arréglenlo como queda dicho.

Siguieron los ponches y el champaña destapado y bebido en honor del supuesto heredero, y al amanecer se separaron los concurrentes á la invitacion y Mondoñedo quedó bajo la mesa atarantado, por la falta de costumbre en el uso de los licores.

—Se conoce que es novicio en el arte, dijo don Fernando, y salió riéndose del estudiante.

V.

Despertóse Mondoñedo á las once del dia, todo adolorido por haber dormido en las tablas del suelo.

Acicalóse lo mejor que pudo, y se fué en busca de sus antiguos compañeros, á quienes había abandonado sin darles cuenta de su singular aventura y cambio de suerte.

Felipe Cuevas ya estaba restablecido de la contusion causada

por el viejo inválido, y Gonzalez le hacia los honores de la enfermedad, ya en un estado de desnudez lamentable.

Luego que Mondoñedo se presentó en su antigua habitacion, fué saludado ceremoniosamente por sus concoleas, que al principio lo desconocieron.

Levantóse Felipe como Lázaro, todo asustado de ver la metamorfosis de su camarada.

—Eres tú?

—Estoy soñando?

—No, queridos, dijo Mondoñedo tomando su antiguo carácter, soy yo, el mismo de siempre, con algo mas, que es el dinero.

—Te ha caido la lotería?

—Punto menos: he heredado una gran fortuna. Han de saber que tenia un tío en España, á quien se le ha dado la gana de morir, y conforme á las sábias leyes de la Península ibérica, me ha hecho dueño de un inmenso capital.

—Luego estás en aptitud de prestarnos cuatro reales para desayunarnos?

Mondoñedo sacó el portamoneda y de él una moneda de oro.

Felipe Cuevas y Gonzalez se lanzaron como dos gavilanes sobre la onza.

—Alto ahí! es necesario que se reparta entre ambos.

—De todas maneras lo hubiéramos hecho, amigo mio.

—Vamos, que el señor de Mondoñedo es todo un Crespo, dijo Gonzalez quitándose lo que el llamaba sombrero.

—Traigo un negocio de mucho interes con Felipe.

—En qué puedo servir á S. E? se apresuró á contestar Cuevas.

—Vamos al grano.

—Vamos.

—Estás enamorado?

—Como un pichon, amigo mio; pero has de saber que se han robado á mi novia.

—Ya lo sabia, y este negocio me trae punto menos que atarantado.

—Habla, por Dios!

—Has de saber que la muchacha recibió un recado de tu parte para abandonar su casa; la chica se ha enamorado perdídamente de tí.

—Esas tenemos?---- pues mira, yo renuncio á ese amor de *quid pro quo*.

—Los infames que tomaron tu nombre, han recibido de ella un desaire espantoso, no se atreverán á volverla á ver.

—Prosigue.

—Si tú quieres recuperar á tu novia, te proporcionaré fondos y cuanto necesites.

—Bien; necesito de pronto cien duros: me parece que una muchacha y cien pesos no son de desperdiciarse.

Mondoñedo sacó una libranza y la entregó al estudiante.

—¿No hay por esos mundos, dijo Gonzalez, otra chica robada que pueda *yo recuperar* de la misma manera?

—Puede que se ofrezca mas adelante.

—Ya estoy en ascuas.

—Hablemos francamente; te juro bajo mi palabra de honor, y te digo en nombre de nuestra amistad, que esa muchacha aun no ha visto al hombre por quien cree haber sido robada.

—No te comprendo.

—Los aduladores del conde del Jaral sabian que tenia amores pasajeros con Isabel, y la han robado con un recado supuesto.

—Ya pareció aquello!

—Es necesario no engañar á los amigos.

—Siempre es bueno saber á qué atenerse.

—Isabel está en lturbide, y probablemente desesperada de no ver parecer al conde, que ni aun la recuerda.

—Me presentaré como su salvador, hago un paso trágico, y cargo con ella, ¿no es esto?

—Precisamente.

—Y cuando se acaben los dineros?

—Entonces mi bolsa estará siempre abierta para tí.